Si los peces escribiesen cuentos sobre mí

Abraham Cordero Rodríguez

Yo había sospechado siempre, no sin alguna secreta vergüenza, que la vida era una interpolación grosera en el texto de la muerte. Que no se trataba de una antesala, una prueba o uno de esos corredores con vitrales por los que los teólogos hacen desfilar sus metáforas, sino de una errata: un signo puesto por distracción entre dos silencios perfectos. La muerte, en cambio, me parecía una forma de la exactitud. La muerte era limpia, inmóvil, rigurosa; la vida, con sus relojes, sus vecinos, sus digestiones, sus saludos y sus inútiles menesteres, era un comentario al margen escrito por una mano temblorosa y excesivamente satisfecha de sí misma.

Por eso, cada tarde, al regresar a mi habitación, ejecutaba el mismo rito con una puntualidad que hubiera complacido a un sacerdote. Cerraba la puerta, dejaba el maletín junto a la mesa, apartaba mis libros y encendía la pantalla. No diré que esa luz me iluminaba; ninguna luz ilumina a quien no desea ser visto. Diré más bien que me absorbía. Los colores, las cifras, los parpadeos, los inventarios de armas y reliquias, los mapas que prometían territorios donde jamás se había puesto el pie de un hombre, las voces de otros jugadores diseminados en ciudades remotas y, sin embargo, más próximos que cualquier cuerpo real, componían para mí una teología suficiente.

Despertar, comer, beber, ir a la universidad, hablar, volver, morir: ésa era la vida. Encender, entrar, combatir, morir, reaparecer: ésa era la muerte. Y entre ambas muertes yo prefería la segunda, porque era reversible, y porque en su reversibilidad había una honestidad que no encontraba en la primera. El avatar caía atravesado por una espada, por una bala, por una magia azulada, y al cabo de unos segundos volvía a ponerse en pie. Nadie fingía que ese regreso fuese sublime. Nadie pronunciaba palabras como salvación, culpa, eternidad o sentido. Bastaba con oprimir una tecla.

Muerto en vida podía comenzar mi aventura.

Allí me esperaban los otros dioses. No eran dioses por su bondad ni por su omnipotencia, sino porque no tenían rostro y exigían sacrificios. Uno de ellos hablaba desde un barrio del que nunca supe el nombre; otro, desde un país donde la nieve era una costumbre y no un acontecimiento; otro parecía no dormir nunca. Cada noche nos reuníamos para cumplir un objetivo nuevo. Derrotar a una bestia, atravesar una torre, custodiar una puerta, saquear una tumba. Yo era, según ellos, un buen nadador en aquel mar de luces. Sabía anticipar los movimientos del enemigo, sabía cuándo retirarme, cuándo avanzar, cuándo sacrificar a un compañero para que los demás sobrevivieran. Poseía esa cobardía estratégica que los incompetentes confunden con inteligencia.

Hubo un tiempo en que todo eso me procuró un júbilo exacto, casi físico. Después, no sé cuándo, el goce comenzó a parpadear de manera burlona, como mi monitor. El éxtasis de antaño cedió ante una frustración creciente. La vida, con su pestilencia de obligaciones, estaba corrompiendo mi preciada muerte. Sus humedades se filtraban en el cristal, su polvo se posaba sobre los mundos, su insistente respiración enturbiaba la pureza de mi naufragio. ¿Con qué derecho me seguía hasta allí? ¿Con qué derecho esa realidad deplorable entraba en mi cuarto, se sentaba a mi lado y contemplaba la pantalla por encima de mi hombro?

Yo no lo entendía. Sólo sabía que el júbilo era menor.

Apagué el ordenador una madrugada de noviembre, o acaso de marzo, pues las fechas, cuando no traen consigo una desgracia, son intercambiables, y vi mi reflejo en la pantalla negra. El rostro que

me devolvió no era el mío, o no lo era todavía. Parecía el rostro de alguien que me estaba leyendo desde el otro lado de un acuario.

Dormí mal. Soñé que una biblioteca se inundaba lentamente. Los libros, hinchados como cadáveres, flotaban entre mesas de estudio, y en los lomos podían leerse títulos escritos en una lengua que conocía y no conocía: *Tratado de las muertes reversibles*, *Breve refutación del alba*, *De los peces que sueñan con hombres*. En el centro de la sala, un hombre de hueso y pregunta, con dos cristales donde agonizaba España y despertaba el alma, vestido de negro, sostenía un pez entre las manos y le preguntaba si quería ser inmortal. El pez abría y cerraba la boca, pero de ella no salía agua, sino una risa humana.

A la mañana siguiente, como todas las mañanas, me vestí para regresar a la vida.

Agarré mis libros y los metí en el maletín. Dejé con angustia mi habitáculo. En el rellano, una vecina me saludó con una sonrisa que tenía la precisión ofensiva de lo aprendido. Se la devolví con un gesto mínimo, obligado, casi administrativo. Había en aquella mujer —en todas las vecinas, en todos los porteros, en todos los hombres que compran pan a las ocho de la mañana— una obscena confianza en la continuidad del mundo. Caminaban como si el suelo hubiera firmado un contrato con ellos. Respiraban como si el aire les debiera algo.

Me puse los cascos y dejé que la música infernal me cubriera la cabeza. Aquel estrépito era mi escafandra. Gracias a él podía avanzar por la selva humana como un buzo que finge buscar un tesoro. Y créeme, lector —si eres lector y no una de las máscaras del mentiroso—, que yo era bueno en esto. Sabía simular la búsqueda. Sabía inclinar ligeramente la cabeza ante los conocidos, sostener un libro en el metro como quien sostiene una esperanza, formular una pregunta en clase con la cortesía de quien cree que las respuestas importan.

Pero yo no buscaba un tesoro ni disfrutaba con la búsqueda. Buscaba un tiburón custodiando un naufragio. Uno con verdadera sed de sangre. Un animal tan puro en su violencia que, al verme, no pudiera resistir la tentación de abalanzarse sobre mí y enviarme para siempre tras la pantalla. Sin embargo, sólo encontraba pececillos. Pececillos con mochilas, con periódicos, con teléfonos, con auriculares blancos; pececillos que hablaban de hipotecas, de exámenes, de amantes, de becas, de conciertos, de la bondad de cierto café, de la maldad de cierto profesor, de la lluvia del jueves. Pececillos que edificaban, sobre la arena movediza de los días, castillos de naipes a los que llamaban planes.

Cualquier pretensión encarcelada en la finitud me parecía objeto de mofa. También la mía, quizá sobre todo la mía. La diferencia consistía en que yo conocía la ridiculez del acuario.

El metro se demoró un par de minutos más en llegar a su destino. Mis piernas clamaban por un movimiento que no fuera obediencia. A través de los cristales vi desfilar túneles, anuncios, rostros duplicados por la oscuridad. En un asiento frente a mí, un niño jugaba en una consola portátil. Sus dedos ejecutaban una danza rápida y cruel. En la pantalla diminuta, un muñeco moría y reaparecía, moría y reaparecía, moría y reaparecía. El niño no sonreía. Comprendí que la felicidad no era necesaria para la repetición.

Al salir, me aguardaba el mismo panorama: automóviles, semáforos, pececillos, esas tumbas colectivas con ventanas que los urbanistas llaman edificios, y finalmente la universidad, el edificio de las luces. Así lo había nombrado yo, al principio por burla y después por superstición. Era un bloque de piedra y vidrio donde las almas inquietas iban a morir con las de su condición, o a buscar

escritos de aquellos que vivieron para enseñarnos a morir. Una biblioteca en cada piso, un aula en cada costado, un despacho para cada condena. Allí se pronunciaban, con seria impostura, palabras como espíritu, método, tradición, comunidad, pensamiento. Allí los jóvenes aprendían a nadar en aguas que tarde o temprano los tragarían.

Yo enseñaba literatura. Es decir: explicaba a otros hombres las formas más decorosas de la desesperación.

Aquella mañana hablé de Unamuno y de la imposibilidad de resignarse a no ser. Expliqué, con una voz que no reconozco cuando la recuerdo, que la conciencia humana exige eternidad y que la razón, esa funcionaria puntual y mezquina, se la niega. Hablé de agonía, de fe, de hambre de inmortalidad. Hablé de Augusto Pérez, que descubre con escándalo ser una criatura de tinta, y de su autor, que lo recibe como se recibe a una mosca filosófica. Los alumnos tomaban apuntes con fervor, o con sueño. Algunos parecían sinceramente interesados. Nada me irritaba más que el entusiasmo ajeno.

—¿Y usted cree —preguntó una muchacha del fondo— que Unamuno se toma en serio la idea de que el personaje pueda discutir con su creador?

La pregunta era buena. Por eso me pareció insoportable.

—Unamuno se toma en serio todo aquello que no puede probarse —respondí—. Y hace bien. Lo demostrable rara vez nos concierne.

Rieron algunos. Yo no.

Quise añadir que toda criatura, para ser digna de lástima, debe sospechar la existencia de una mano que la escribe. Quise decirles que tal vez el verdadero horror no consista en morir, sino en advertir que incluso nuestra muerte puede ser una decisión estética de otro. Pero me limité a cerrar el libro. La clase había terminado. Ellos salieron hacia el pasillo como un banco de peces liberado de una red provisional. Hablaban de dónde ir a comer, de una película, de una fiesta, de un examen. Nadaban. Nadar era lo que les quedaba a todos: nadar o perecer, nadar y perecer, perecer para eternamente nadar.

Yo también nadaba. Pero no pretendía nadar en la infinitud. El conocimiento de mi nado finito era el principal obstáculo para disfrutarlo. He ahí la broma más sucia del mentiroso: aquello que podría aportar algo de gracia a mi alma desquiciada era el gatillo de mi sentencia. Si todo acaba, nada merece demasiado; si nada acaba, nada puede soportarse. La razón ofrecía una finitud sin redención; la fe, una eternidad sin descanso. ¿Dónde debía refugiarse un hombre que no deseaba vivir para siempre ni dejar de haber vivido?

Subí a mi despacho. La tarde había oscurecido antes de tiempo y los pasillos del edificio de las luces parecían corredores de un barco hundido. Grupos de estudiantes se amontonaban junto a las máquinas de café, discutiendo sus minúsculos destinos. Al fondo, una limpiadora empujaba un carro de cubos y trapos; era la única sacerdotisa honesta del lugar.

Mi despacho era una pecera de cemento. Una mesa de nogal, dos sillas, una estantería, una lámpara verde que apenas alumbraba, un archivador metálico y un pequeño retrato de Dvořák presidían la estancia. Nadie sabía por qué tenía allí a Dvořák. Yo tampoco. Me consolaba pensar que cada objeto verdaderamente nuestro debe acabar por volverse inexplicable.

Encendí la luz en el edificio de las luces y abrí a Don Miguel. Leí unas páginas subrayadas con ferocidad juvenil. El bueno de Don Miguel, eterno sufridor. ¡Ojalá pudiese sufrir así! ¡Ojalá pudiese

sufrir de una vez! No esa niebla viscosa que me envolvía, no esa asfixia sin grandeza, sino un dolor vertical, un dolor con campanas, un dolor que abriera una grieta en el cielo y obligara al mentiroso a asomarse.

Cuán enriquecedora la tortura de sus criaturas. Cuán felices las pequeñas hormigas ignorantes que las acompañan.

Un sonido brusco frenó mi pensamiento.

Alguien llamaba a la puerta.

No fue un golpe de nudillos, sino algo más seco, más leve: el sonido de un objeto pequeño contra la madera. Me levanté. Al atravesar la sala, el retrato de Dvořák pareció mirarme con una compasión que no le conocía. Abrí la puerta.

No había nadie.

Sólo un papel pegado a la madera, a la altura de mis ojos. Estaba doblado con esmero. Lo arranqué y leí:

> *Maestro, quisiera saber cómo viven los peces en el mar.*
> *Como los hombres en la tierra: los grandes se comen a los pequeños.*

Reconocí la cita de Shakespeare. La había usado alguna vez en clase, acaso con esa vanidad de los profesores que creen haber sorprendido al mundo al encontrar una frase antigua para una miseria nueva. Miré a ambos lados del pasillo. Nada. Sólo la atmósfera plomiza de siempre, el rumor lejano de los estudiantes, el zumbido de un fluorescente que agonizaba sin heroísmo.

Entré en el despacho y cerré la puerta.

Entonces la pecera se hizo más pequeña. Tuve la impresión —absurda, pero precisa— de que el techo descendía con lentitud y de que el aire se espesaba alrededor de mis tobillos. Me senté. Volví a leer la nota. ¿Quién, aparte de mí, conocía mi privado y burlesco juego de los peces? ¿Quién había oído las palabras que yo no pronunciaba, los insultos que dedicaba mentalmente a los transeúntes, a mis alumnos, a mis colegas, a mí mismo? El corazón me dio un vuelco. ¿Podía el mentiroso ser tan retorcido?

Le di la vuelta al papel. Había otra frase:

> *Nadar es lo que quieres y apenas andar sabes. Reír necesitas y, en el templo de la comedia, buen café servimos.*

Durante unos segundos no respiré.

El templo de la comedia.

La frase me resultaba a la vez desconocida e inevitable, como si la hubiera esperado desde siempre. Pensé en un teatro, en una cafetería, en una capilla profanada, en un capítulo extraviado de algún libro que yo mismo había leído o escrito en sueños. Pensé también en el mentiroso, en esa mezcla detestable de omnipotencia y capricho que otros ya habían entrevisto entre la niebla y que yo comenzaba a sentir a mi espalda, respirando sobre mi nuca.

No iba a obedecer. No iba a permitir que ese monstruo jugase conmigo. Pero apenas formulé esa rebeldía advertí su trampa. ¿Acaso la negativa no podía estar prevista? ¿Acaso mi orgullo no era ya una línea escrita por él? ¿Cómo contradecir a quien escribe incluso nuestra contradicción?

Esta vez no, pensé. Puedo olvidar como un pez, pero no dejaré que estés satisfecho con mi ansia de nadar.

Alcancé el abrecartas de la mesa. Era de metal, delgado, frío, con una empuñadura sin adornos. No pensé. Pensar habría sido darle tiempo. Me lo hundí en el pecho con una decisión casi alegre.

El abrecartas volvía a estar sobre la mesa.

En mis manos seguía la nota.

Al principio no comprendí. Miré mi camisa intacta, mis dedos, el retrato de Dvořák, la lámpara verde. El mundo no había cambiado de lugar, salvo por el hecho monstruoso de continuar. Solté un grito de ira. Tomé otra vez el abrecartas y lo clavé en mi garganta.

El abrecartas volvía a estar sobre la mesa.

En mis manos seguía la nota.

Lo hice una tercera vez. Una cuarta. Una docena. Probé el pecho, la garganta, la muñeca, el ojo. En una ocasión arrojé la lámpara contra la ventana y salté detrás de los cristales; en otra, envolví el cable del teléfono alrededor de mi cuello; en otra, abrí la puerta y corrí por el pasillo hasta la barandilla de la escalera. Siempre regresaba al mismo instante. Siempre el abrecartas volvía a su sitio. Siempre la nota, más dolorosa que cualquier puñal, ardía entre mis manos.

Entonces reí.

La risa salió de mí con una vejez que no era mía. Sonó como si alguien, desde el fondo de un pozo, celebrara una revelación atroz: que toda salida conduce al centro, que la llave pertenece a la cerradura y que la cárcel sólo necesitaba mi cuerpo para completarse. Una lágrima me surcó la mejilla y cayó al suelo a través de la tupida masa de agua en la que yo, desde hacía años, me ahogaba.

—Está bien —dije en voz alta—. Juguemos a tu juego. Y si por jugar entiendes obligarme a no abandonar mi vida, cuán infeliz ha de ser la tuya.

No sé a quién se lo dije. Por un momento pensé en el niño de la consola.

Guardé mis libros en el maletín. Convertí la nota en una pequeña bola de papel y la arrojé a la papelera. Era tan pequeña como mi existencia y como la del resto de los seres que, ajenos a mis desvelos, hacían las veces de marionetas del gran embustero.

Abandoné el edificio de las luces cuando ya era de noche. En la oscuridad, por fin, hacía honor a su nombre: cada ventana encendida parecía una celda; cada celda, una conciencia; cada conciencia, un pez golpeando inútilmente el cristal.

Música, calles, metro, peces, vecinas, cama. Todo gris, todo inerte. Uno, de una naturaleza insondable incluso para el más ávido escritor.

Intenté volver a los otros dioses. Encendí la pantalla. El juego se abrió con su música triunfal, con sus menús, con sus promesas de muerte administrada. Mis compañeros me llamaron por el nombre que allí usaba, un nombre ridículo y heroico que ya no escribiré. Teníamos que atravesar una

fortaleza sumergida. Había un monstruo final, un tiburón antiguo, ciego, custodio de un naufragio. Todo parecía dispuesto para mí con una obscenidad perfecta.

Jugamos durante horas. Maté y morí. Caí y reaparecí. Pero la resurrección virtual, que antes me consolaba, empezó a parecerme una parodia de otra resurrección más vasta y más cruel. Cada vez que mi avatar volvía a ponerse en pie, yo veía el abrecartas sobre la mesa. Cada pantalla de carga era la nota doblada. Cada victoria, una orden del mentiroso.

Uno de los dioses habló por el auricular:

—¿Te pasa algo? Estás raro.

Quise responderle que todos estamos raros desde el principio de los tiempos, que lo inexplicable no es la tristeza sino la cortesía con que la disimulamos, que un desconocido me había impedido morir porque aún no había terminado el cuento. Pero sólo dije:

—Nada. Se me ha ido el personaje.

No entendieron. Continuamos.

A la mañana siguiente recibí una llamada. Una voz familiar, deformada por la solemnidad de las malas noticias, me comunicó que mi padre había muerto. Escribo padre porque ésa es la palabra que corresponde, aunque al pronunciarla ahora me parezca el título de una institución desaparecida. No sentí dolor. Sentí, más bien, la vergüenza de no sentirlo, y luego la sospecha de que incluso esa vergüenza me había sido asignada por decoro narrativo.

El velatorio se celebró en un lugar cuyo nombre oficial he olvidado. Yo lo reconocí inmediatamente como el templo de la comedia.

No era un teatro ni una iglesia, sino un restaurante contiguo al tanatorio, un local con paredes color crema, fotografías de actores antiguos y una barra donde se servía café a los deudos. Sobre la entrada, escrito con letras doradas que alguien había querido elegantes, se leía: *La Comedia*. Al lado, un cartel más pequeño anunciaba menús para grupos y desayunos desde las siete. La mezcla de muerte, bollería y decoración teatral me pareció tan exacta que no pude atribuirla al azar.

Allí estaba mi familia, o lo que quedaba de ella: tías con pañuelos, primos envejecidos, conocidos que me llamaban por diminutivos que yo creía sepultados. La gente me saludaba y me compadecía por igual. Un apretón de aletas, un murmullo de gaviota. Yo avanzaba entre ellos como por un acuario turbio. Todos hablaban en voz baja, no por respeto al muerto, sino por miedo a despertar en sí mismos una verdad demasiado ruidosa.

Vi el ataúd. Dentro reposaba un hombre que se parecía a mi padre con la misma inexactitud con que una estatua se parece al movimiento. Pensé: éste también ha sido escrito. Pensé: si ahora abre los ojos, todos fingiremos sorpresa, pero en el fondo habremos comprendido. Pensé: tal vez los muertos sean los únicos lectores sinceros.

Entonces apareció el camarero.

Era un hombre bajo, de bigote escaso y gafas sucias. Llevaba dos tazas de café en una bandeja. Se acercó a mí con la gravedad impostada de los empleados que trabajan junto a la muerte y se contagian de sus protocolos.

—Lo siento mucho —dijo.

Depositó las tazas sobre una mesita redonda. Luego me golpeó el hombro en señal de condolencia. Ese gesto, el café, el letrero de la entrada, la frase de la nota, todo se ordenó de pronto como una constelación ridícula y terrible.

Lo había encontrado.

El templo de la comedia.

Comencé a reír.

Al principio fue un sonido pequeño, casi una falta de educación. Después creció. La risa me sacudía el pecho, me doblaba la espalda, me llenaba los ojos de agua. Los presentes se volvieron hacia mí con espanto. El camarero, detrás de sus gafas sucias, mostró una indignación que quizá fuera preocupación. Alguien pronunció mi nombre. Alguien dijo que me sacaran de allí. Yo intenté explicarles la situación, pero cada palabra que se me ocurría aumentaba la sonoridad de mis carcajadas. ¿Cómo decirles que el muerto no era lo cómico, sino el café? ¿Cómo hacerles entender que el dolor había sido citado por adelantado? ¿Cómo explicar a los peces que el mar está escrito?

Me condujeron fuera. O salí yo solo. La memoria, que presume de archivo, es apenas otra ficción del mentiroso.

En la calle llovía. No mucho. Lo suficiente para que las luces de los coches se estiraran sobre el asfalto como peces luminosos. Pensé en regresar al velatorio, abrazar a mis familiares, pedir perdón, llorar ante el ataúd como corresponde a un hijo. Pensé en volver a casa y entrar en la fortaleza sumergida con los otros dioses. Pensé en la universidad, en mis alumnos, en Don Miguel mirándome desde su agonía impresa. Pensé en el abrecartas.

No hice ninguna de esas cosas, o quizá las hice todas.

Caminé hasta el edificio de las luces. La universidad de noche era más verdadera. Sin estudiantes, sin voces, sin esa circulación de esperanzas que la afeaba durante el día, parecía una ruina futura. Entré con mi llave. El guardia me saludó desde su garita sin levantar demasiado la cabeza. Subí por la escalera, aunque el ascensor funcionaba. En cada rellano me pareció escuchar agua. No agua de tuberías ni lluvia filtrándose por algún techo, sino un rumor vasto, oceánico, como si el edificio entero hubiese sido construido en el fondo del mar y sólo ahora yo advirtiera la presión.

Mi despacho estaba abierto.

Yo lo había cerrado, de eso estaba seguro. Sobre la mesa, bajo la lámpara verde, había un libro. No era mío. Tenía tapas negras, sin título en el lomo. Lo abrí.

La primera página decía:

> *Si los peces escribiesen cuentos sobre mí.*

Debajo comenzaba un texto que yo conocía y no conocía:

> *Yo había sospechado siempre, no sin alguna secreta vergüenza, que la vida era una interpolación grosera en el texto de la muerte...*

Leí de pie. Leí mi habitación, mi pantalla, los otros dioses, el metro, la universidad, la clase sobre Unamuno, la pregunta de la muchacha, el golpe en la puerta, la nota, el abrecartas, la imposibilidad de morir, el templo de la comedia, el café, la risa en el velatorio. El estilo era el mío, corregido por

una crueldad superior. O peor: era un estilo que me reducía a mí mismo con una lucidez insoportable.

Busqué el final. No estaba. Las últimas líneas describían a un hombre que, en un despacho universitario, encuentra un libro sin título y descubre que sus páginas contienen su vida hasta el instante exacto en que las lee. Después, una frase inconclusa:

Entonces comprendió que el lector...

Nada más.

Me senté. Sentí una gratitud miserable por aquella interrupción. Mientras la frase estuviera incompleta, tal vez algo dependía de mí. Tal vez el mentiroso, por cansancio o crueldad, me concedía una línea. Tomé una pluma. Me incliné sobre la página. Escribí:

Entonces comprendió que el lector era el verdadero abrecartas.

La tinta se secó con rapidez. La frase no desapareció. Esperé. Nada ocurrió. Reí otra vez, con cautela, como quien prueba un veneno nuevo. Había escrito una línea. Una sola. Era poco, pero incluso un condenado agradece la variación de su tormento.

Oí un golpe en la puerta.

Esta vez no me levanté. Miré el libro abierto. La página siguiente, que un momento antes estaba en blanco, comenzó a llenarse de palabras. No aparecieron de golpe, sino lentamente, como peces emergiendo de la oscuridad:

Oí un golpe en la puerta. Esta vez no me levanté...

Comprendí entonces que no había escrito nada. La frase me había sido permitida, no concedida. El mentiroso acepta nuestras enmiendas porque también las ha previsto. Toda rebelión es una obediencia con vanidad.

—Pase —dije.

La puerta se abrió.

Entró un hombre que se parecía a mí, aunque más viejo, o más muerto. Traía en la mano un ejemplar de una obra que me era conocida. Sus ojos tenían el brillo mate de los peces abisales. No supe si era Dios, el escritor, mi padre, mi avatar cansado de morir, o el lector que había cruzado por error el límite de la página.

—Vengo a pedirle cuentas —dijo.

Su voz era la mía.

No respondí. Él avanzó hasta la mesa y dejó el libro junto al otro. Luego tomó el abrecartas, que yo no recordaba haber traído de casa y que, sin embargo, estaba allí, puntual, sobre el nogal. Lo sostuvo entre los dedos con curiosidad académica.

—Usted ha hablado mucho de los peces —dijo—. Pero nunca se ha preguntado qué cuentos escribirían ellos sobre usted.

—Tal vez éste —dije.

El hombre sonrió.

—No. Éste lo escribe el tiburón.

Quise levantarme, pero las piernas me desobedecieron. El despacho se llenó de agua sin que ninguna ventana se rompiera, sin que ninguna cañería cediera. El agua ascendía con una serenidad administrativa: primero los tobillos, luego las rodillas, luego la cintura. Los libros comenzaron a flotar. El vasco pasó junto a mí, abierto por una página cualquiera, y me pareció leer, deformadas por el agua, las palabras agonía e inmortalidad. El retrato de Dvořák se desprendió de la pared y nadó como una lámina absurda.

—No puede matarme —dije—. Ya lo he intentado.

—No he venido a matarlo —respondió.

—¿Entonces?

—A leerlo.

El agua me llegó al pecho. Después al cuello. Pensé en la pantalla, en las resurrecciones dóciles del juego, en el niño del metro, en el cadáver de mi padre, en los alumnos que seguirían tomando apuntes sobre la necesidad de no morir. Pensé que quizá toda vida es un videojuego diseñado por un dios melancólico.

—¿Quién es usted? —pregunté.

El hombre abrió el libro que portaba y hojeó sus páginas sin mirar.

—Una errata que aprendió a firmar.

El agua cubrió mi boca. No luché. La lucha, como la fe y la razón, había perdido toda novedad. En el último instante, antes de que el agua me cerrara los ojos, vi al hombre inclinarse sobre el libro negro y escribir con el abrecartas, no sé cómo, una frase en la página:

Logró cerrar los ojos, los cerró para no volver a abrirlos más.

Y los cerré.

No los abrí más.

Pero hay una forma de abrir los ojos que no pertenece al cuerpo.

Alguien respira encima de mí. Alguien aparta las algas de estas líneas y desciende, palabra por palabra, con la obscena tranquilidad de quien visita un acuario. No diré tu nombre. Nombrarte sería perdonarte. Basta saber que estás ahí, que avanzas, que me reconstruyes mientras finges contemplarme.

Cada frase que lees me devuelve un órgano. Cada punto me cose una herida. Cada pausa me deja suspendido en esa región imposible donde la muerte no termina de ser muerte porque una curiosidad, la tuya, la interrumpe.

No cierres todavía. Sería demasiado tarde para ambos.

La pantalla ya parpadea. Los otros dioses murmuran en la hondura. Don Miguel vuelve a agonizar sobre la mesa. La nota espera en la puerta con su paciencia de anzuelo. Yo despierto, sí, pero no solo: algo de ti ha quedado también encerrado aquí.

Maldito seas por haber mirado.

Ojalá los peces sepan escribirte. Ojalá no omitan nada. Ojalá te den, como tú me has dado, una muerte que dependa de ojos ajenos.

Si los peces escribiesen cuentos sobre mí, empezarían con una luz encendida en una habitación que nadie recuerda haber abierto. O con una mano pasando una página. O con este odio mío, oscuro y obediente, nadando hacia ti.